

Interrumpe Reinaldo,
 « Porque de amor el dulce néctar bebe?
 « Al que impuso y tolera tal castigo;
 « Yo por siempre maldigo;
 « La que ama muere, ¡y vivirá la ingrata
 « Que al que la adora con desdenes mata!
 « Que haya ó no la princesa cometido
 « La falta que le imputan no decido,
 « Ni si obró bien ó mal; bien que yo entiendo
 « Que, escándalo no habiendo,
 « Un mérito mas bien que un crimen sea
 « A un amante otorgar lo que desea.
 « Si el mismo afecto, con igual caricia,
 « Ambos sexos impele á aquel suave
 « Fin del amor, la celestial delicia,
 « Que tiene el vulgo por delito grave,
 « ¿No será la mas bárbara injusticia
 « Que se permita al hombre que se alabe
 « De aquello que á la dama
 « Con la existencia hace perder la fama?
 « ¡Oh ley funesta! que á abolir me obligo,
 « Al vil acusador dando castigo,
 « Si el cielo santo mi valor inflama.»
 Los monjes convinieron en que poca
 Del autor de esta ley
 Fué la cordura, y que es culpable el rey
 Que, pudiéndolo hacer, no la revoca.
 Del sol apenas el fulgor primero,
 Al nuevo dia, en el oriente asoma,
 Sus armas, su bridon Reinaldo toma,
 Y con un escudero,
 Que los monjes le dan, parte lijero.
 Por medio de la selva angosta via,
 Ansioso de acortar, tomado habia,
 Cuando una triste voz hiere su oido.
 Hacia el paraje de do sale el ruido
 Los dos bridones trotan
 Agujados á un tiempo por sus dueños,

Que, en lo mas denso de la selva, notan
 En grave apuro á una infeliz doncella.

A cada lado della,
 Con el puñal alzado,
 Un asesino está que, despiadado,
 A sepultarlo va, con brazo aleve,
 En el seno mas blanco que la nieve.

No bien la horrible cuita
 De la doncella el paladin advierte,
 El hierro clava á su caballo fuerte,
 Y, amenazando, á los malvados grita.
 Confusos ellos huyen á su vista;
 Mas de seguir su pista
 No se cura el guerrero. Otro cuidado
 En este instante agitale y le ocupa.
 De Bayardo en la grupa
 Subir hace á la dama, y á su lado
 Sigue luego el camino comenzado.

Bien que el temor de una cercana muerte
 El rostro de la dama aun desfigura,
 En admirar el paladin no tarda
 Su presencia gallarda
 Y sus modales llenos de finura.
 Prendado dellos, de la triste suerte
 Que la conduce allí la causa inquiere,
 Y con voz triste, que interrumpe el llanto,
 Ella entónces refiere
 Lo que á narrar yo voy en otro canto.

CANTO V.

Historia de Ginebra y Ariodante. — Reinaldo liberta de la muerte
 á aquella princesa, hija del rey de Escocia; quita la vida al
 duque de Albania, y obtiene los socorros que viene á pedir.

¡ Oh de natura fuerza seductora,
 Que, con vínculo estrecho, á su hembra unes
 Cuanto animal sobre la tierra mora!
 Por tí, tranquila, en su salvaje choza,

Cabe el lobo rapaz, la loba yace;
 La selva el oso en recorrer se place
 Con su esposa feroz; dulce reposo,
 Cabe el leon, su compañera goza,
 Y, al lado del novillo impetuoso,
 Jóven novilla sin temor retoza.

¿Qué abominable monstruo, qué Meguera,
 A turbar baja del humano el pecho?
 ¿Porqué, movidos de fatal despecho,
 Se injurian, se amenazan y aun se hieren
 El esposa y la esposa?
 ¿Porqué, porqué, tal vez, cólera ciega
 El tálamo nupcial con sangre riega?

Al cielo grave ofensa
 Hace sin duda aquel que el rostro bello
 De mujer indefensa
 Osa tocar con intencion aleve,
 O aquel que de sus sienas un cabello,
 Contra su grado, á arrebatarse atreve;
 Mas no hay un monstruo que en fiereza iguale
 Al que, por despojarla de la vida,
 De la cicuta ó del puñal se vale.

Y tales deben ser los dos malvados
 Que, por celar su crimen,
 Creyéndose del mundo retirados,
 En lóbrega selva el hierro esgrimen
 Contra la hermosa dama
 Que, al verse libre de su suerte fiera,
 Al paladin habló de esta manera:

« Vas á escuchar del hombre mas perverso
 « Una accion de que apénas
 « Ejemplo vieron Árgos ni Micénas,
 « Ni pueblo alguno en todo el universo;
 « Que, si el sol con sus rayos mas oblicuos
 « Estas regiones hiere,
 « Es que la vista, horrorizado, quiere
 « Apartar de mortales tan inicuos.
 « En todo siglo vióse en toda tierra

« Que el hombre hiciese á su enemigo guerra;
 « Mas por el bien hacer el mal delito
 « Es atroz, inaudito.
 « La causa pues escucha, cuyo influjo
 « A morir á estos sitios me condujo.
 « Sabe, señor, que, niña todavía,
 « De la bella Ginebra entré al servicio.
 « A la par de su edad creció la mia
 « Y á su lado, bien presto,
 « Logré en la corte distinguido puesto;
 « Mas á turbar vino el amor mi calma,
 « En mi pecho lanzando llama impia
 « Por el duque de Albania, que de su alma
 « Las ansias me explicaba cada dia.
 « De su acento y su rostro enamorada,
 « Sin estudiar su corazon, muy luego
 « A su querer me entrego;
 « Y de crédulo amor alucinada
 « Con él mi lecho dividi. ¡ Cuitada!
 « Víctima de un afecto ciego y vivo,
 « Ningun temor me arredra ó acobarda,
 « Y á mi amador recibo
 « De Ginebra en la estancia favorita,
 « Do casi siempre habita
 « Y do sus joyas mas preciosas guarda.
 « En el muro exterior de este aposento
 « Un balcon se divisa
 « Que da acceso á una sala
 « Del alcázar, y vista á un campo inculto
 « Que humana planta á ninguna hora pisa.
 « Yo misma al caro amante, yo la escala,
 « Útil á nuestra empresa,
 « Lanzaba del balcon siempre que, el frio
 « Huyendo ó los ardores del estío,
 « De habitacion cambiaba la princesa.
 « Secreto muchos dias
 « Y muchos meses este amor, en fuego
 « Trueca la sangre de las venas mias.

« ¡ Necia de mi! ¡ de mi delirio loco
 « Ser pude, oh Dios, así juguete ciego!
 « De la jóven princesa el duque á poco
 « Osó mostrarse enamorado: si era
 « Antigua esta pasión ó bien reciente,
 « Jamas pude saber; mas era tanto
 « Sobre mí su ascendiente,
 « Tan poco su rubor, que, no contento
 « Con descubrirme su traicion, mi amparo
 « Imploró para darle cumplimiento.
 « Este amor no comparo
 « Al que siento por tí, bien me decia;
 « Mi solo objeto es obtener del padre
 « La mano de Ginebra;
 « Tanto en efecto y tanto se celebra
 « Su alcurnia y su riqueza, que en Escocia
 « No hay quien al rey mejor que al duque cuadre
 « Por yerno. Y añadía
 « Que si, por obra mia,
 « Este objeto lograba, eternamente
 « A tan alto favor agradecido,
 « Mas que al rey, que á Ginebra, que á su gente
 « Y á cuanto poseyera, me amaria.
 « A complacerle atenta, no combato
 « Ni puedo combatir este proyecto;
 « Mas, con celo insensato,
 « Mil medios busco de llevarlo á efecto.
 « Con la bella Ginebra hablando un dia,
 « Nuestra conversacion sobre este asunto
 « Viene á parar. Al punto
 « La ocasion aprovecho
 « Y al duque le presento, cual trasunto
 « De belleza y virtud. Dios me es testigo,
 « Todo fué en vano; en vano me fatigo,
 « Insisto y ruego al fin. Mover el pecho
 De la bella Ginebra no consigo.
 « Un jóven caballero, en quien se asocia
 « El esfuerzo á la gracia y cortesía,

« Con un su hermano, imberbe todavía,
 « Era venido desde Italia á Escocia,
 « Donde eclipsó, con mas de una alta hazaña,
 Las de todos los héroes de Bretaña.
 « Prendado de su audacia en los combates,
 « El rey á este caudillo
 « Le dió mas de un estado y de un castillo,
 « Y grande le hizo, al par de sus magnates.
 « A la bella princesa
 « Aqueste jóven tierno amor profesa,
 « Cuya llama es mas viva
 « Que la que á Troya consumió, y que aquellas
 « Que, en su cólera altiva,
 « Lanzan Etna y Vesubio á las estrellas.
 « Amor no ménos vivo que al guerrero
 « A Ginebra abrasaba. Así es que en vano
 « Grata respuesta en conseguir me afano,
 « Y á Ginebra importuno y exaspero.
 « Al duque en tanto, cuerda,
 « Yo exhorto á que no pierda
 « Mas tiempo en tan estéril tentativa.
 « Pues de Ginebra, dígole, es tan viva
 « La pasión por el príncipe, que apenas
 « Della apagará una pequeña chispa
 « Cuanta agua encierra el mar en sus arenas.
 « Esto habiendo escuchado de mi boca
 « En ocasiones varias Polineso
 « (Así se llama el duque), y convencido,
 « Por sus propios esfuerzos, de que loca
 « E inútil es su obstinacion, suspira
 « De envidia, zelos é ira,
 « Y de Ginebra y de su amante tierno
 « Trocar piensa el amor en odio eterno,
 « Cubriendo á la princesa
 « De un baldon que la siga hasta la huesa.
 « Luego que su designio meditado
 « Hubo con detencion, á verme vino,
 « Y, sin hablar á nadie dél, ladino

« Me dijo así : — Dalinda , avergonzado
 « Estoy del resultado
 « De tantas tentativas infelices ;
 « Mas cuanto advierto y cuanto tú me dices
 « Nuevas fuerzas me da contra esa dama ;
 « Que , cortada una vez y otra la rama ,
 « Brota con mas vigor de sus raices.
 « No siento amor ; mas muéveme el deseo
 « De vencer de esa ingrata los desdenes ;
 « Y pues que tú mis planes me ofreciste
 « Favorecer , de todo lo que tienes
 « Que hacer voyte á instruir : Cuando dormida
 « Contemples , esta noche , á esa altanera ,
 « Sus ropas tomarás y sus adornos ,
 « Y , con ellos vestida ,
 « Desde el balcon me arrojarás la escala.
 « De este modo , quizá , con un engaño ,
 « Podré dar tregua á mi furor extraño. —
 « Así dijo : yo , ciega
 « Cómplice de este amaño ,
 « Su perfidia no advierto hasta que llega
 « A ser , ¡ oh Dios ! irreparable el daño.
 « En busca de Ariodante , á quien le unia
 « En otros tiempos amistad estrecha ,
 « Estuvo el duque en tanto , y de este modo
 « Con él se puso á razonar un dia :
 « — Sobre manera extraño , oh Ariodante ,
 « Que , siendo así que pruebas
 « Siempre te di de mi amistad , te atrevas
 « A pagarla tan mal. Sé que no ignoras
 « Cuan grande es el exceso
 « Del amor que á Ginebra yo profeso.
 « Sé que sabes que , hoy mismo , por esposa
 « Dármela debe el rey. ¿ Cómo pues osa
 « Tu amor turbar mi dicha al pié del ara ?
 « En caso semejante
 « Tu pasión ; vive Dios ! yo respetara. —
 « — Con motivo mayor , dice Ariodante ,

« A creer tus palabras me resisto ;
 « Pues ántes de que tú la hubieses visto ,
 « Era yo ya de la princesa amante.
 « Sé que no ignoras cuanto
 « Es este amor reciproco y sincero ;
 « Sé , en fin , que sabes que tu afan desdenea
 « La que mi amor siempre acogió risueña.
 « Tú solo , pues , olvidas los deberes
 « De la amistad que recordarme quieres ,
 « Y á faltar á la cual yo nunca osara
 « Si amado fueras cual lo soy. Ni esperes
 « Que darte sobre mi ventaja alguna
 « Tus títulos podrán ni tu fortuna ;
 « Pues que cuento del rey con el amparo ,
 « Y mas que tú soy á Ginebra caro. —
 « — ¡ Ah ! replicale el duque ; en cuán funesto
 « Error esa pasión te precipita !
 « Tú de Ginebra piensas ser amado ;
 « Y yo á mostrarte que lo soy me apresto.
 « Los hechos hablen pues. Tú del estado
 « De tu pasión revélame el secreto ;
 « Yo á hacerlo así tambien me comprometo ,
 « Y que el que pruebas presentar no pueda
 « Del triunfo el fruto á su adversario ceda.
 « Pero , así cual te juro
 « Tu secreto guardar , así confío
 « Que tu labio discreto
 « Sabrá celar cuanto profiera el mio. —
 « Acaba el duque , y Ariodante aprueba.
 « Sobre los santos Evangelios tiende
 « La mano cada cual. Por dar la prueba
 « De cuanto acaba de afirmar , emprende
 « Su discurso Ariodante , refiriendo ,
 « Como era la verdad , cual de palabra
 « Y por escrito eterno amor mil veces
 « Le juró la princesa , decidida
 « A terminar su vida
 « En soledad perpetua si otro esposo

« Darle su padre intenta rigoroso.
 « — Digno, añadió, de este alto honor espero
 « Me hará mi amor, á la doncella caro,
 « Y el valor de mi acero,
 « Que, célebre por mas de una victoria,
 « A hacer triunfar de nuevo me preparo
 « En pro del reino y del monarca en gloria.
 « Tal es de mi pasion, tal el estado.
 « De todos envidiado,
 « No puedo pretender mayores pruebas
 « Del amor de Ginebra, que seria
 « De su virtud y de mi honor en mengua
 « Aspirar á otro bien, ántes del dia
 « En que á colmar nuestro comun deseo
 « Venga el sagrado lazo de himeneo. —
 « Luego que, sin ficcion, estas palabras
 « Hubo dicho Ariodante, Polineso,
 « Que, abrasándose de ira,
 « A indisponerle con Ginebra aspira,
 « — Escúchame, le dice, y juzga luego
 « De mi felicidad. Ficcion y dolo
 « Es cuanto amor te muestra la que, solo
 « Por mi sintiendo verdadero fuego,
 « Tu misera pasion reputa un juego.
 « ¡ Cuántas veces ¡ oh Dios! sola conmigo
 « De su aversion por tí me hizo testigo!
 « ¡ Cuántas veces, con cólera ó desprecio,
 « Tu amor calificó de audaz ó necio!
 « Por el contrario yo, no de palabras
 « Cual tú me alimenté. Sabe (y acaso
 « A mi tenerlo oculto
 « Y á tí ignorarlo conviniera), sabe
 « Que su vuelta la luna
 « No da jamas sin que una,
 « Tres, seis, quizá diez veces,
 « De Ginebra en los brazos me sorprenda
 « Haciendo al Dios de amor sabrosa ofrenda.
 « Piensa pues si, por mas que tú la adores,

• « Obtuviste jamas tales favores;
 « Y, cediéndome el triunfo, da al olvido
 • « El engaño fatal en que has vivido. —
 « — Tus falaces discursos bien que ultrajen,
 « Responde su rival, á la que adoro,
 « De mi alma nunca borrarán su imagen.
 « Si lo que has dicho sostener te agrada,
 « Pronto estoy á probarte que has mentido
 « Como un vil impostor. — No, dice el duque,
 « No fuera bien desenvainar la espada,
 « Para probar lo que en cualquier instante
 « Tus ojos pueden ver. — A tal discurso
 « Enmudece Ariodante;
 « Glacial sudor el curso
 « De su sangre interrumpe, y en voz ronca
 « — Cuando, prorumpe, lo que así te atreves
 « A asegurar, me pruebas,
 « Desterrar de mi pecho te prometo
 « A aquella, hoy de mi amor único objeto;
 « Mas por lograrlo vano tu deseo
 « Será, si lo que afirmas
 « Con mis ojos yo mismo aquí no veo. —
 « — Tu error te haré yo ver cuando convenga,
 « Responde el duque, y parte. Al otro dia
 « Aviso yo le di que á mi aposento
 « Venir á verme sin temor podia.
 « A su infernal designio siempre atento
 « Vuela ante su rival. — Llegó, le dice,
 « Llegó, amigo, el momento
 « De que tu engaño yo te patentice.
 « Detras de aquellas solitarias ruinas
 « Escondido esta noche, ser testigo
 « Podrás de aquello que en dudar te obstinas. —
 « A venir Ariodante se resuelve;
 « Pero, á mas que su amor no le permite
 « Dar crédito á tan pérfido lenguaje,
 « Temiendo que de noche á aquel paraje
 « Con siniestros designios se le cite,

« A defender su vida se prepara
 « Contra toda traicion. Con este objeto
 « Llama á su hermano, cuya audacia rara
 « Hay en la corte apénas quien iguale,
 « Y cuyo auxilio vale
 « Mas que el de diez guerreros. De sus armas
 « Revestirse le ordena,
 « Y, sin comunicarle sus alarmas,
 « De la noche serena
 « En las sombras, por él acompañado,
 « Camina y llega al sitio designado.
 « Trecho igual al que mide
 « Piedra arrojada por robusta mano,
 « Alejándose entónces con su hermano,
 — « Aquí, le dice, aguardame. Si acaso
 « Oyes mi voz, lijero
 « Ven hácia mi; de lo contrario quiero
 « Y te ruego, por Dios, no des un paso. —
 — « Así lo haré, Lurcanio le responde.
 « — Parte Ariodante entónces, y, á distancia
 « Corta de allí, se esconde
 « En las ruinas en frente de mi estancia.
 « Bien pronto llega por el lado opuesto
 « El duque á consumir su plan funesto.
 « Envuelta de la dama,
 « ¡Triste de mi! en el cándido vestido,
 « Que franja de oro en rededor recama,
 « Con el cabello en una red cogido,
 « Y (de Ginebra acostumbrado adorno)
 « Con rojos lazos de mi sien en torno,
 « Del proyecto del duque yo ignorante,
 « Salgo al balcon, arrójole la escala,
 « Y descubierta soy por Ariodante.
 « Entretanto Lurcanio, que en peligro
 « Teme dejar á su querido hermano,
 « Y movido tambien de aquel afecto
 « Que á observar de los otros las acciones
 « Arrastra siempre al corazon humano,

« Por las nocturnas sombras protegido
 « Llega, y tras una roca,
 « De Ariodante á diez pasos, se coloca.
 « Clara la luna iluminaba el valle
 « Cuando salí al balcon. El traje bello
 « Que ajustaba mi talle,
 « La púrpura que ornaba mi cabello,
 « Mi ademan y aun mi rostro, en algun modo
 « Al de la ilustre dama semejante,
 « La distancia y la noche sobre todo,
 « Engañan á Lurcanio y á Ariodante.
 « Juzgad, señor, cual de uno y otro hermano
 « Debió ser el dolor, al ver mi mano
 « Tender la escala al duque, que, impaciente,
 « Entre mis brazos va á lanzarse ufano;
 « Cual al verme en su frente
 « Y sus mejillas estampar mi labio.
 « Ariodante, un agravio
 « Creyendo en esto ver, siente tal pena,
 « Que, el hierro desnudando,
 « Sobre su punta iba á arrojarse, cuando
 « Lurcanio, que, testigo de esta escena,
 « Su desenlace atónito aguardaba,
 « Acercándose, evita
 « Que una sospecha aciaga
 « En propia sangre su ira satisfaga.
 — « Ariodante, le grita,
 « Misero hermano, tu furor modera.
 « ¿Ofuscar tu razon de tal manera
 « Pudo aleve mujer? Muera en buena hora
 « La infame seductora
 « A quien amaste un tiempo, y á quien debes
 « Hoy detestar por siempre; pues, ingrata,
 « Tus dulces ilusiones te arrebató.
 « Guarda ese hierro pues, guárdalo, hermano,
 « Y, mas bien que de estéril sacrificio,
 « Hazlo instrumento de ejemplar suplicio.
 « A la súbita vista de Lurcanio,

« Que á su intento se opone, el hierro envaina ;
 « Mas no por eso amaina
 « Su desesperacion. De su alma mustia
 « Ocultando la angustia,
 « Al ver del nuevo sol los rayos vivos,
 « Sin despedirse de su hermano, parte.
 « De su profunda cuita los motivos
 « Solo Lurcanio y Polineso saben ;
 « Y, en la corte y de Escocia en el recinto,
 « Cada cual le atribuye uno distinto.
 « Ocho dias despues llega á la corte,
 « Y á la princesa anuncia un caminante
 « Que victima Ariodante
 « Pereció de frenético transporte.
 — « A la orilla del mar, sobre una roca
 « Que hácia Ibernica se avanza
 « Yo le encontré, dijo el viajero, cuando
 « Por obra iba á poner su plan infando.
 « Y — ¡ oh tú, quien quier que puedas ser! me dice,
 « De mi suerte infelice
 « A ser testigo ven; ven, y te ruego
 « Que á anunciar á Ginebra partas luego
 « Que ella es el solo autor de mis enojos.
 « ¡ Cegáran ¡ ah! mis ojos
 « Antes de dar ¡ oh cielos!
 « A mi amor el suplicio de los zelos!
 « Asi diciendo á la escarpada cresta
 « Del peñasco se sube, y con funesta
 « Resolucion se lanza entre las olas. —
 « Dijo; pàlida y yerta,
 « La triste dama á replicar no acierta.
 « ¿ Cómo pintar su angustia cuando á solas
 « En su estancia se vió? Del caro amante
 « Las quejas repitiendo á cada instante,
 « Gime, grita, solloza,
 « Sus áureas trenzas sin piedad deslaza,
 « Sus ropas apedaza
 « Y el blanco seno virginal destroza.

« Presto, de boca en boca, la comarca
 « La nueva recorrió. No hay caballero,
 « No hay en la corte dama
 « Que no sienta dolor. Hasta el monarca
 « Lágrimas, escuchándolo, derrama.
 « Mas que los otros triste, en su despecho,
 « En su afliccion inmensa,
 « Contra su propio pecho
 « Sus armas dirigir Lurcanio piensa,
 « Una y mil veces repitiendo al dia,
 « Que de la muerte de Ariodante causa
 « Fué de Ginebra la conducta impia.
 « Y es tanto su dolor, de tal manera
 « A vengarse la cólera le mueve,
 « Que, el respeto olvidando que al rey debe,
 « Del palacio penetra en la gran sala,
 « Y, ante toda la corte,
 « Contra Ginebra así quejas exhala:
 « De Ariodante, señor, la triste historia
 « Sin duda te es notoria;
 « Pero quizá tu majestad no sabe
 « Que la culpa funesta
 « Ginebra fué de su querella grave.
 « Amábala él; mas su pasion honesta
 « No osó nunca excederse en sus deseos,
 « Esperando que de esta
 « Union digno le hiciesen sus trofeos.
 « Mas, mientras él del árbol reservado
 « Osa apenas oler la débil hoja,
 « Del tronco otro la arranca, y, mal su grado,
 « De esperanza por siempre le despoja.
 « Luego, sigue narrando como vido
 « De Ginebra en la estancia entrar á un hombre,
 « De quien ignora el nombre.
 « Cual, á fin de no ser reconocido,
 « Se disfraza este amante, recogiendo
 « Su cabello y cambiando de vestido.
 « Cual la doncella le arrojó la escala,

« Cuanto, en fin, luego sucedió; y añade
 « Que si un guerrero se halla á quien agrade
 « Sostener lo contrario, se presente.
 « No es menor la afliccion que la sorpresa
 « Que este discurso causa al rey. La muerte
 « Y un eterno baldon, tal es la suerte
 « Que reserva el destino á la princesa.
 « Tú no ignoras, señor, cuanto es severa
 « En Escocia la ley. El poder regio
 « Contra ella en vano invoca privilegio.
 « Inocente ó culpable, en el cadalso
 « Morirá la acusada
 « Si demostrar que es falso
 « El crimen que le imputan, con su espada
 « No logra un paladin en la pelea.
 « Así, bien que culpable no la crea,
 « Por toda Escocia el rey edictos fija,
 « Con la mano de su hija
 « Un gran dote ofreciendo al que se sienta
 « Fuerzas para vengar tamaña afrenta.
 « Es tan temido, empero,
 « Lurcanio en toda Escocia, que guerrero
 « No se halla que se atreva
 « De sus armas con él á hacer la prueba.
 « ¡Ah! si á noticia del audaz Zerbino
 « Llegar pudiera el riesgo de su hermana,
 « ¡Cuán presto dejaría,
 « Por darle auxilio, la region lejana
 « Que ilustra con hazañas cada día!
 « El rey, que en tanto de inquirir no cesa
 « Si otro medio no habrá que de las llamas
 « Pueda arrancar á la infeliz princesa,
 « Ordena de sus damas
 « Prender á cuantas piensa
 « Que saber pueden la verdad. Inmensa
 « Es mi inquietud. Del duque calculando
 « El riesgo entónces y la suerte mia,
 « Si á ser interrogada me exponia,

« Por las nocturnas sombras protegida,
 « Huyó la corte, hácia mi amante vuelo,
 « Y mi inquietud le explico y mi desvelo.
 « Traidor, de mi venida
 « Fingiéndose el de Albania satisfecho,
 « Mándame que del pecho
 « Todo temor expulse, y, en seguida,
 « Partir me ordena á un su castillo, donde
 « Seguridad y proteccion me ofrece
 « Contra el furor del rey. Juzga tú mismo,
 « Señor, si corresponde
 « A tanto amor el bárbaro castigo
 « De que aquí tú viniste á ser testigo.
 « Pues, de mi amor el pérfido dudando,
 « Y temeroso de que acaso un día
 « Publique yo sus crímenes, conmigo,
 « Bajo pretexto de escoltarme, envia
 « Dos satélites suyos, con encargo
 « De darme muerte en esa selva; y este
 « Fuera mi fin si, á compasion movida,
 « Por libertar mi vida,
 « No te mandara la bondad celeste.»
 Así su historia terminó la dama.
 El buen Reinaldo, que en deseo ardia
 De combatir por la princesa, aun cuando
 Supiese ser la acusacion fundada,
 Su pena en alegría
 Trueca escuchando la verdad, pensando
 Que en pro de la inocencia calumniada
 Iba su brazo á manejar la espada.
 En la ciudad de San Andres, do se halla
 El rey á la sazón con su familia,
 Se debe terminar esta batalla.
 Por llegar de la corte á la presencia
 Marchaba el paladin con impaciencia,
 Cuando halló un escudero
 Que le informó de cuanto allí pasaba.
 « Un campeon, le dice, que extranjero

« Parece ser, de presentarse acaba
 « A combatir por la infeliz princesa,
 « Raras sus armas son, rara su empresa,
 « Y de tal modo oculto el rostro lleva,
 « Que su propio escudero ha asegurado
 « No haberlo visto nunca destapado. »

Esto escuchando el héroe, con la espuela,
 De su caballo el impetu despierta;
 De la ciudad hácia los muros vuela,
 Cerrada ve su puerta,
 Y de esta novedad la causa inquiere.

« Tal es, señor, respóndele el alcaide,
 « La voluntad de nuestro rey, que quiere
 « Que espectador su pueblo todo sea
 « De la dura pelea
 « Que dos bravos guerreros han trabado
 « En el llano que linda
 « Con la ciudad por el opuesto lado. »

A su mandato, abiertas
 Mira el señor de Montalban las puertas,
 Que en cerrarse no tardan; y á Dalinda,
 Que á seguirle hasta el campo no se atreve,
 Dejando en la posada
 Que está del pueblo próxima á la entrada,
 Volver por ella le promete en breve.

De la ciudad desierta atravesando
 Veloz las calles, lléga á la llanura,
 Donde á Lurcanio ve y á su adversario
 Esgrimir el acero sanguinario.

Seis guerreros á pié, de férrea cota
 Cubiertos todos, guardan la estacada;
 Y, montado en un petro formidable,
 En medio de ellos el traidor se nota,
 Que, cual gran condestable,
 Del campo tiene y de la plaza el cargo.
 Su sonreír amargo
 Revela todo el júbilo que siente
 Al ver penar su víctima inocente.

Por medio de la espesa muchedumbre
 El paso se abre con su fiel Bayardo
 El inclito Reinaldo. Viva lumbre
 Brilla en sus ojos. Su ademan gallardo
 De extraña admiracion á todos llena,
 Y, al mirarle llegar al pié del trono,
 Para escucharle cada cual se ordena.

« Magnánimo señor, dice en voz fuerte,
 « Esa batalla haced cesar bien presto,
 « Si no quereis de inmerecida muerte
 « Ser cómplice ó autor. Error funesto
 « Cegó la vista y ofuscó la mente
 « Del guerrero valiente
 « Que vibra hierro insano
 « Por vengar la deshonra de su hermano.
 « El otro ignora, oh rey, si en favor suyo
 « O en contra suya la justicia tiene,
 « Y á su ánimo galan solo atribuyo
 « El noble ardor con que la lid sostiene.
 « A la inocencia y la beldad propicia,
 « A impedir se consume una injusticia
 « Va mi voz; mas, ¡oh rey! esa contienda
 « Haced ántes, por Dios, que se suspenda. »

Movido el rey del porte y del discurso
 Del noble paladin, de la batalla
 Manda que al punto se suspenda el curso.
 A su voz, los guerreros se separan
 Y á escuchar se preparan
 A Reinaldo, que, al rey y al pueblo todo
 De Polineso descubriendo el crimen,
 Con las armas, que esgrimen
 Sus fuertes manos, comprobarlo ofrece.

Llábase al duque; con la frente baja
 Y la color mudada comparece.
 Turbado, al rey se llega
 Y cuanto afirma el buen Reinaldo niega.
 Amenázale el héroe. Ambos armados
 Estan desde los pies á la cabeza;

Los jueces de la plaza preparados,
Y así la lucha sin tardanza empieza.

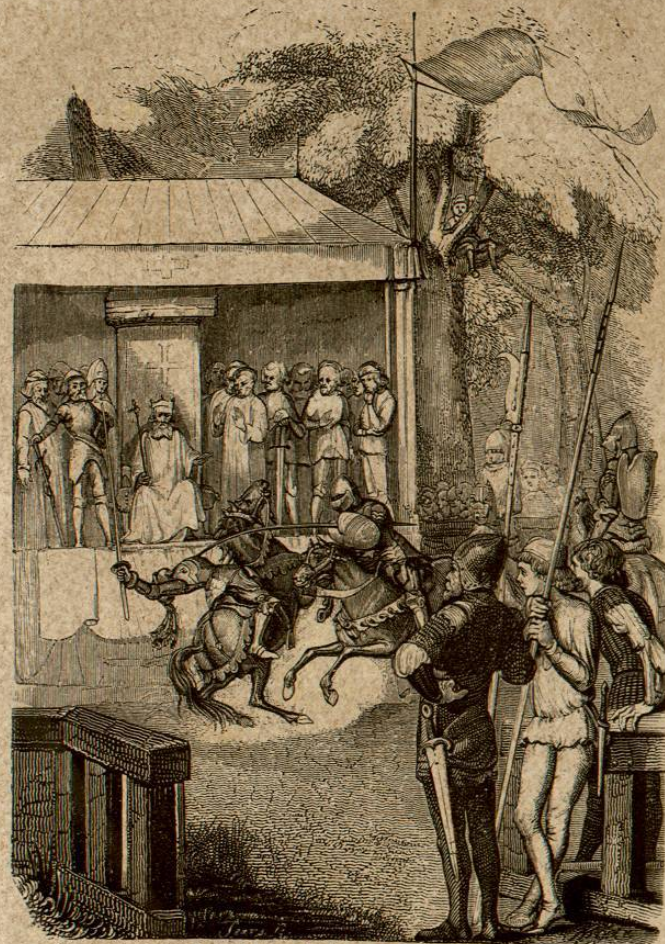
¡Oh, cuánto el pueblo, cuánto el rey desea
Que, en la nueva pelea,
Obtenga la victoria
El que en favor de la inocencia lidia!
Del duque la perfidia
Siendo á todos notoria,
A nadie se hace extraño
Que capaz fuera de este nuevo engaño.

Con pálido semblante,
Con corazón turbado y palpitante,
La señal de embestir el duque escucha,
Y hacia Reinaldo se dirige, cuando
Este, con mano ducha,
Su lanza enarbolando,
Del pérfido sepúltala en el pecho
Y del arzon lo arroja á largo trecho.

Del suyo salta el vencedor á tierra
Y por el cuello aferra
Al misero, que, humilde y suplicante,
Sus crímenes en público revela.
Ni acaba, que en su labio
Súbita muerte sus palabras hiela.

El rey, que á un tiempo del horrendo agravio
Hecho á su fama y de una muerte injusta
Libre contempla á la doncella augusta,
Mayor contento siente
Que si, habiendo perdido su corona,
La volviese á poner sobre su frente.
Su yelmo luego alza el de Amon, y cuando
Descubre al rey su faz, las manos este
Con fervor levantando,
Gracias tributa á la bondad celeste.

El paladin incógnito, entre tanto,
Que á calmar vino de Ginebra el llanto,
Cuanto se pasa, sin moverse, observa.
Ruégale el rey que diga



Combate entre Reinaldo y el duque de Albania. (T. I, p. 76.)